

TERESA URREA, LA SANTA DE CABORA

Mario GILL

PAZ. La paz porfiriana...

Se ha llegado a creer que éste fue efectivamente el signo de la era porfirica, pero nada es más extraño a la verdad. En realidad, nunca hubo paz durante el largo período de la dictadura. Pero eso sí: ¡cuántos crímenes se cometieron en su nombre! Desde el triunfo de Tuxtepec hasta el de la revolución maderista, el país estuvo estremecido por una serie de movimientos de mayor o menor importancia. El pueblo ofrecía resistencia al modo de vida que se le trataba de imponer, y defendía con su sangre el derecho a vivir en la desorganización conquistada en 1821, desorden que no era sino una forma anárquica de la libertad.

Don Porfirio, educado en ese estilo de vida política, no concebía otro remedio contra el desorden que la dictadura; y lo grave fue que en ese intento de someter a los profesionales del cuartelazo y de la proclamación de planes de toda índole, acabó también con los derechos legítimos del pueblo. "El general Díaz —dijo en un banquete el diputado Alfredo Chavero— ha formado un pedestal de sangre y cañones para levantar sobre él la estatua de la paz." Esa estatua era el símbolo de la era tuxtepecana. Pero a pesar del terror impuesto como norma de gobierno, el pueblo no se sometió jamás, no abdicó nunca sus derechos.

Casi desde el triunfo de Tuxtepec empezaron las dificultades. En el Norte se sublevaron sucesivamente, en 1877, enarbolando la bandera del lerdismo, el coronel Pedro Valdez y el general Mariano Escobedo. El año siguiente se rebeló en Jalapa Lorenzo Hernández, secundado en Tlapacoyan por Javier Espino. El 2 de junio de 1879 se lanzó a la lucha en Tepozotlán el teniente Miguel Negrete, hijo del héroe del 5 de mayo; el movimiento que se había originado en una proclama subversiva del general Miguel Negrete tuvo ramificaciones en algunas regiones de los Estados de Veracruz y Puebla.

En ese mismo mes, el día 24, se produjo la famosa matanza organizada por el general Luis Mier y Terán en Veracruz en acatamiento al famoso "mátalos en caliente". Se produjo, por esos mismos días, la rebelión del barco de guerra *Libertad*. En 1880 se alzó en armas en Sinaloa el general Jesús Ramírez Terrón, secundado en la sierra por Heraclio Bernal. Siguieron luego los movimientos fracasados del general Trinidad García de la Cadena, en Zacatecas, en 1886, y el del general Francisco Ruiz Sandoval en la frontera, en 1890. Dos años más tarde se producían

los sucesos de Tomochic y en 1893 los de Temosáchic, que son seguramente los ejemplos más patéticos del sadismo porfiriano.

Simultáneamente el inquieto Catarino Erasmo Garza jugaba a las escondidas con las fuerzas militares de México y los Estados Unidos, burlándose de unas y otras, golpeando con su guerrilla cuando la prensa porfirista le daba por liquidado. Y mientras el Norte ardía, en el Sur, en Tehuantepec, Oaxaca, Michoacán y Guerrero surgían brotes rebeldes.

Con el nuevo siglo se iniciaron las actividades de los magonistas, que cubrieron toda la primera década del siglo xx. Fue ésta la más sangrienta, la más intranquila, la más porfiriana. El vaso estaba ya por derramarse. Las acciones populares tenían el arranque de la desesperación. En Cananea y Río Blanco centenares de obreros fueron inmolados en aras de la paz, y los movimientos magonistas de Jiménez, Las Vacas, Palomas, Viesca, Acayucan y Valladolid fueron reprimidos brutalmente. En Yucatán, en el Mayo, en el Yaqui, en la Huasteca, dondequiera que había minorías indígenas, la insurgencia era el estado natural. En 1896 los yaquis se apoderaron de la ciudad de Nogales, y los totonacas de la de Papantla.

Además, en toda la extensión del país, particularmente en las zonas rurales, ocurrían constantemente brotes rebeldes espontáneos como protestas desbordadas contra los abusos de esa trinidad que ahogaba al pueblo en todas partes: el cacique, el cura y el jefe político. Eran gestos de desesperación que no tenían trascendencia nacional y que la censura oficial procuraba ocultar a la nación. Caso típico de estas pequeñas rebeliones locales fue el levantamiento de más de doscientos hombres en San Mateo Atengo, Estado de México, en abril de 1893. El ayuntamiento del lugar decidió repartir un extenso terreno municipal entre los habitantes del municipio. Para que hubiese equidad en el reparto, se pensó en el cura del lugar como árbitro. Éste distribuyó unas cuantas hectáreas entre los ricos y se quedó con la mayor parte, como corresponde a un buen repartidor. El pueblo se alzó contra la injusticia y declaró la guerra a la iglesia, a los ricos y al gobierno, y el gobierno lanzó contra los sublevados una poderosa fuerza de caballería al mando del coronel Juan Vega. La sangre derramada estuvo en éste, como en todos los crímenes del porfiriato, en razón directa con el grado de justicia que asistía a los grupos atropellados. Y como este caso, centenares más forman el florilegio de la paz tuxtepecana. No era la paz lo que reinaba en México; era el terror y la muerte.

EL MITO CONTRA LA DICTADURA

De todos los crímenes del porfirismo los más monstruosos fueron seguramente los cometidos contra los pueblos de la sierra de Chihuahua: Tomochic y Temosáchic. Ni en Río Blanco se inmolaron más víctimas al dios de la paz, ni se usaron métodos tan inhumanos y sádicos como en estos dos pueblos serranos. En el caso de Tomochic son particularmente impresionantes las extrañas circunstancias que concurrieron y, so-

bre todo, la desproporción entre el motivo (o mejor, la falta de motivo) y la acción represiva llevada a extremos increíbles. Tomochic es un episodio clásico de la era tuxtepecana: por un lado, un pueblo dotado de las mejores virtudes del hombre, defendiendo sus derechos y su dignidad, y por el otro fuerzas más poderosas, instrumento de la ambición, pisoteando esos derechos y esa dignidad.

Aparte el heroísmo de los hombres de Tomochic, que parece una lección extraída de las mejores páginas de la historia de Esparta, interviene en este caso un hecho insólito: el de que la inspiradora de la lucha y de la resistencia contra la agresión haya sido una jovencita de apenas 18 años, Teresa Urrea, con cuyo nombre en los labios fueron al sacrificio los rudos serranos tomochtecos. Al grito de "¡Viva Teresa Urrea!" los valientes tomoches se enfrentaron a la dictadura y al terror tuxtepecano y fueron serenamente a la muerte.

Salvando las proporciones, Teresita Urrea fue una Juana de Arco mexicana. Algo tenía Teresa de la Doncella de Orleans; no empuñó jamás un arma ni se puso al frente de ningún ejército, pero la Doncella de Cabora supo inspirar en los hombres la fe y la confianza en la fuerza del derecho y lanzarlos a acciones heroicas de las que no hubieran sido capaces sin la inspiración de la iluminada. La Doncella de Cabora, como la de Domrémy, recibía inspiración divina y, como la francesa, fue declarada santa, aunque no por las altas dignidades de la Iglesia, sino por los indios. Y tan válida es en última instancia una declaración como la otra.

Teresa Urrea nació en Ocoroni (Sinaloa), el 15 de octubre de 1873. Su padre, don Tomás Urrea, era dueño de un pequeño pero próspero rancho ganadero en la confluencia de las cuencas de los ríos Mayo y Yaqui, *Cabora*, donde transcurrió la infancia de la niña. Inesperadamente, cuando ésta cumplía doce años y entraba en la pubertad, empezó a enfermar de ataques nerviosos al parecer de carácter cataléptico. Después de uno de estos ataques, cuyos efectos se prolongaron demasiado, se dio por muerta a Térésita. Por eso la ranchería de Cabora se estremeció ante un hecho "sobrenatural": ¡la pequeña había resucitado! Nadie podía dudar de aquel milagro. Todos la habían visto rígida, con la palidez de la cera; le habían rezado y llorado, y ahora estaba otra vez allí como si no hubiera ocurrido nada.

Pero lo más convincente para los indios fue el hecho de que, después de haber "resucitado", Teresa apareció dotada de un extraño poder: algo raro había en sus ojos, en sus manos, en su voz. A su lado encontraban tranquilidad y consuelo quienes atravesaban por una crisis moral; salían de su casa fortalecidos y animosos, con una gran confianza en sí mismos. Luego empezaron a circular rumores de que hacía curaciones maravillosas, con la sola imposición de sus manos, con el flúido magnético de sus ojos. La fama de Teresa se extendió por los valles y por la sierra. De todas partes llegaban peregrinos con su carga de dolores fisi-

eos y morales. Cuando se presentaban ante la joven, ésta ya sabía cuáles eran sus preocupaciones. Todos salían reconfortados y regresaban a su pueblo a cantar las glorias de la Santa de Cabora, bien provistos de la panacea milagrosa: un poco de aceite mezclado con tierra de Cabora.

Don Tomás Urrea, fastidiado con las impertinencias de tanto visitante renegaba contra los importunos, con lo mejor del vocabulario campesino, hasta que la realidad descubrió las ventajas que para él podría tener aquel alud humano. Naturalmente, dentro de la ortodoxia del nuevo culto no se podía afirmar que don Tomás hubiera descubierto un negocio productivo al proveer de carne, leche y demás productos de su rancho a los millares de peregrinos que llegaban a Cabora. Don Tomás tuvo que "convertirse" a la nueva religión —el "teresismo"— mediante un milagro, como es de rigor en estos casos de incrédulos. La santa escogió para su padre uno de los milagros más milagrosos que pudieran imaginarse, a fin de que no le quedara ninguna duda.

Un reportero de *El Monitor Republicano* que estuvo en Cabora cuenta que en una ocasión llegó entre los peregrinos un visitante con una calvicie muy avanzada y preguntó por Teresita Urrea, la Santa de Cabora...

—¡Qué santa ni qué una chin...! —contestó el ranchero malhumorado; y luego, mirándose en el espejo de la calva del peregrino añadió:

—Mi hija será santa el día que a usted le salga el pelo...

Don Tomás se quedó pasmado —cuenta el reportero de *El Monitor* (enero 3 de 1890)— cuando vio al peregrino salir del despacho de la santa luciendo el esbozo de una abundante cabellera.

El rancho de don Tomás se volvió floreciente. Se tenían que matar todos los días varias reses, que, por cierto, reaparecían "milagrosamente" vivas al día siguiente. Alrededor del nuevo culto surgieron luego todos los vicios humanos: puestos de bacanora, de sotol, de albures, de loterías, de fritangas, etc. La feria de Cabora empezaba a hacerse famosa. Al mito siguió la realidad humana. Lo pagano y lo místico, mano a mano.

Pero aparte los "milagros", a Teresita Urrea le dio por predicar "doctrinas muy libres" (según el reportero de *El Monitor*). Afirmaba, por ejemplo, "que todos los actos del gobierno y del clero eran malos". Sus doctrinas de libertad y justicia, atractivas de suyo, pero que además tenían el prestigio de ser expuestas por una virgen a quien se suponía en contacto con la divinidad, inflamaron los pechos de aquellas víctimas de la dictadura que no veían en el horizonte de México la más remota esperanza de salvación. Lo sobrenatural era su último refugio. Para aquellos indios perseguidos, despojados, deportados como esclavos a Yucatán o Valle Nacional, a quienes la tiranía porfirista había quitado todo, hasta el derecho a la vida, no había ninguna duda de que aquella muchacha devuelta a la vida por el cielo traía un mensaje divino: luchar por la libertad con apoyo en el Gran Poder de Dios.

Uno de los peregrinos curados por Teresa Urrea, el señor Antonio S. Cisneros, denunció una mina en el cerro de San Diego, cerca de La Ase-

sión (Chihuahua), a la cual puso el nombre de "La Santa de Cabora". Al mismo tiempo se convirtió en una especie de apóstol de la nueva religión, extendiendo por la sierra el prestigio de la iluminada. La fama de Teresa cundió rápidamente, tanto por sus dotes de taumaturga como por sus prédicas de libertad y justicia. Quienes podían hacerlo, cruzaban la Sierra Madre para ir a visitar a la Santa y volvían maravillados a difundir la nueva fe... y el propósito de lucha contra la opresión. Teresa Urrea se había convertido en bandera política contra la dictadura.

EL CASO DE TOMOCHIC

Este pequeño pueblo de no más de 300 habitantes, perdido entre las arrugas de la sierra de Chihuahua, vivía una vida casi primitiva, defendiendo su ganado contra las incursiones de los apaches y cultivando sus pequeñas parcelas en el valle. Era un pueblo de cazadores que vivía con el winchester al brazo tanto para defenderse de todos los peligros como para proveerse de las piezas de caza necesarias en su vida. Eran por lo mismo magníficos tiradores. Hombres rudos, leales, sinceros, sencillos, de una sola pieza, y profundamente religiosos.

En una ocasión hizo una visita al pueblo el gobernador de Chihuahua, señor Lauro Carrillo quien, en plan de turista, visitó irreverente el pequeño templo donde descubrió, en la composición de un gran cuadro, unas imágenes de San Joaquín y Santa Ana de mucho mérito artístico. Ordenó a la autoridad del pueblo que recortaran aquellas figuras y se las remitieran a la capital del Estado. Así lo hizo el jefe político, pero los tomochitecos protestaron con tal energía y decisión, que el gobernador se vio obligado a regresar las telas y hacer que fueran cosidas con pita en el cuadro de donde se habían arrancado.

El gobernador Carrillo no perdonó nunca la descortesía de los tomochitecos y se mostró siempre dispuesto a escuchar todas las quejas que se le presentaban contra ellos, todas las calumnias de quienes habían recibido alguna lección de dignidad de parte de los altivos serranos. Un empleado de la compañía inglesa que explotaba el mineral de Pinos Altos, Joaquín Chávez, era el principal instigador de esas calumnias; llegó en alguna ocasión a amenazarlos con la leva utilizando su influencia cerca del gobernador. Habiéndolos denunciado como rebeldes y autores de un supuesto intento de asalto a la conducta, el gobierno del Estado ordenó, sin ninguna averiguación, que fuesen fusilados, sin formación de causa, aquellos a quienes se quiso acusar del imaginario delito.

Tomochic fue declarado en estado de rebelión por el gobierno de Chihuahua y se organizó contra el pueblo una expedición punitiva de tipo tuxtepecano para acabar de una vez con la soberbia y altivez de los de Tomochic. El 7 de diciembre de 1891 se produjo el primer encuentro. Los tomochitecos hicieron honor a su fama de fieros, indomables y buenos

tiradores. Después del primer combate con los federales, los de Tomochic tomaron una determinación: ir todos a visitar a la Santa de Cabora, tanto para evitar fricciones con los federales como para recibir consejo e inspiración. Se encaminaron por la sierra que conocían como nadie. El gobierno destacó en su persecución al 11.º batallón, al mando del capitán Emilio Enriquez. El encuentro fue en Álamo de Palomares el 27 de diciembre. Los federales fueron vencidos; el capitán murió en el combate lo mismo que otros oficiales, y los tomochitecos recogieron un importante botín de armas y parque.

De Torin salió entonces en su busca una columna al mando del coronel Lorenzo Torres. Hubo encuentros en Peñitas y Estrella. Los de Tomochic procuraban rehuir el encuentro con los federales; pero, atacados, se veían obligados a defenderse. No tomaron nunca la ofensiva. Su único deseo era regresar a su pueblo a trabajar. En enero de 1892 estaban de regreso.

Algo extraordinario había ocurrido durante la visita a la Santa de Cabora. Uno de los vecinos del pueblo, José Carranza, había sido curado de un tumor por Teresita; al despedirse, ella le dijo, acariciándole las barbas:

—¿Cómo se parece usted a San José!

Alguna de las devotas que escuchó eso divulgó luego la versión adulterada de que la Santa de Cabora había dicho que aquel hombre era San José en persona. El pobre serrano, víctima de la histeria mística colectiva, regresó a Tomochic decidido a cumplir su destino sobrenatural. Los tomochitecos habían tomado a su vez una resolución inspirada en las prédicas de Teresa: en lo sucesivo no reconocerían más autoridad que la divina, ni obedecerían más ley que la de Dios. En su plan estaba la transformación del culto católico desechando la intervención de los sacerdotes y sustituyendo las imágenes por santos de carne y hueso.

El día que llegó "San José" se le hizo una gran recepción y se le condujo a la iglesia. El cura Manuel Castelo intervino. Desde el púlpito injurió a los tomochitecos por sus desviaciones y negó la santidad de Teresa Urrea y de José Carranza a quienes, por lo demás, reconocía muchas virtudes personales. Los tomochitecos, indignados, arrojaron al sacerdote de la iglesia y escogieron al patriarca del pueblo, Cruz Chávez, para que asumiera la dirección del culto. El cura tuvo que refugiarse en casa del presidente municipal, Juan Ignacio Enriquez, y finalmente abandonó el pueblo para instalarse en Uriáchic.

En marzo de 1892 se vencía el plazo en que el sacerdote debía cubrir una deuda que tenía con Cruz Chávez, consistente en dos yuntas de bueyes. El cura Castelo, aprovechándose de la situación irregular que prevalecía en Tomochic, dejó de cumplir su compromiso. Chávez envió un emisario al sacerdote, pero los bueyes no llegaban a Tomochic. Entonces Cruz Chávez envió nuevamente un propio con la siguiente carta para el cura:

"Bista la suya de fecha 4 de julio Relativa a la causa que usted me manifiesta aberla ebitado y que a la vez le está ebitando el aserme el pago de que me es deudor Nunca esperaba lio que conseptos tan inutiles le bastaran a usted para pretender distraerse de una hobligracion tan justa y legal como la que tiene de aserme mi justo pago pues sin cansar mas la atención suplico a usted que con el portador de esta que es Marselino Herrera me mande usted pagar \$ 60 en moneda corriente balor que equibale de otras dos yuntas de Bueyes que conseguí para remediar mis necesidades pues usted sabe que la fuerza federal nos dejó cin elementos a entelijencia de que ci en esta bez no tiene puntualidad en aserme el pago de que refiero me bere obligado a pasar a ese lugar a consta de usted con mis compañeros y por dondequiera que ande uno deberemos estar todos a entelijencia que cada persona de los que me acompañen le gana cuatro pesos diarios pues en este cuerpo no hay distinción de clases todos somos iguales pues todos gosamos del mismo haber. Lo que pongo en conocimiento de usted para su entelijencia pues como la hobligracion de usted es pagar en este lugar cirbase usted arreglar el biaje al embiado segun usted y el se convengan y Sin mas quedo en espera de sus ordenes y SS Cruz Chávez. Tomochic, agosto 25 de 1892."

El cura pagó en el acto los 60 pesos, más los gastos del emisario, pero desde ese momento se convirtió en el peor enemigo de los tomochitecos.

EL 2 DE SEPTIEMBRE DE 1892

En Tomochic ocurría algo extraordinario. El pueblo parecía atacado por una psicosis colectiva de misticismo. Una nueva y original reforma del culto católico se estaba operando allí. Teniendo a San José era lógico que apareciera también Jesucristo, y apareció en efecto, poco tiempo después, en Choqueque, cerca de Tomochic, y luego surgieron otras dos santas, Carmen María y Barbarita. Era una verdadera epidemia de santidad.

Los tomochitecos se pasaban hasta seis horas diarias rezando, o entregados a la meditación cuando se les agotaba el no muy variado repertorio de oraciones y jaculatorias improvisadas, dirigidas principalmente a la Santa de Cabora. Terminados los extraños oficios, el patriarca Cruz Chávez, convertido en director espiritual de la comunidad, daba la bendición a los fieles del nuevo culto. Erguido, al pie del altar, aquel hombre de 40 años, corpulento, vigoroso, barbado (hubiera parecido un conductor de pueblos de la antigüedad a no ser por las carrilleras que cruzaban su pecho), destacaba su silueta sobre el nicho sagrado del que había sido expulsado el abstruso concepto de la divinidad. Estaba ahora allí un Jesucristo de carne y hueso, tangible, dispuesto siempre a

escuchar las quejas de los tomochitecos y a dar una respuesta inmediata, concreta, un consejo o una esperanza. El Jesucristo de Choqueque estaba en comunicación constante con Dios, y por lo tanto sus palabras debían ser infalibles. ¿No daba lo mismo creer en esto que en lo otro?

Se había creado una nueva liturgia. Liturgia sencilla, ranchera, de hombres rudos, sin mucha imaginación. El sincretismo tomochiteco se inspiraba evidentemente en el de los mayos y yaquis que también arrojaron a los curas de sus iglesias y crearon su propia liturgia y su propio sacerdocio. La Santa de Cabora se decía autorizada por Dios para bautizar, casar y administrar cualquier sacramento. ¿No era más satisfactorio recibir éstos de manos de una virgen inspirada y no de las de un sacerdote explotador, ambicioso y pérfido como los que habían conocido?

El ritual del nuevo culto se basaba en la naturalidad y sinceridad humanas. Era una combinación ingenua de lo místico y lo real. Al terminar los oficios de la "fatiga" (nombre que daban a las ceremonias que celebraban en el templo), Cruz Chávez, de espaldas al altar, se preparaba para dar la bendición. Alzando el brazo poderoso, lo dejaba caer rígido, bruscamente, cortando el aire como con dos hachazos definitivos, a la vez que decía:

—Hermanos míos, os doy mi bendición.

Todos los fieles, de pie, alzando el brazo derecho a la altura de la frente, contestaban en coro:

—La recibimos.

REINABA EN TOMOCHIC la calma precursora de la tormenta. El gobierno se preparaba para el ataque pero, conociendo la situación estratégica del pueblo rodeado de montañas, la condición de los tomochitecos, su resolución de defender sus derechos a toda costa y sobre todo su bravura y su habilidad en el manejo del winchester, prefería llegar a un arreglo pacífico. Iban y venían emisarios tratando de lograr un acuerdo engañoso. El más constante era el diputado Tomás Dozal Hermosillo; estaba empeñado en conseguir la sumisión de los tomochitecos; pero a cambio de ese sometimiento no ofrecía nada. Rendición incondicional, tal era la última palabra de Tuxtepec. Y eso significaba para los hombres de Tomochic la ley fuga, la leva, la deportación, la esclavitud. El acuerdo fue unánime: antes morir que rendirse. Y se aprestaron para la defensa.

El gobierno federal mandó 200 soldados para someter al pueblo altanero que se permitía la libertad de arrojar al cura de su templo y negarle al gobernador unas cuantas imágenes de santos; que protestaba porque los funcionarios de Ciudad Guerrero se aprovechaban del candor de alguna bella serranita, que se negaba a cooperar con el funcionario de la compañía inglesa de Pinos Altos, y que, peor aún, sostenía que aquellas tierras eran suyas y no se mostraba dispuesto a cederlas a ninguna deslindadora...

Los de Tomochic recibieron a los soldados en el valle. Les parecía una ventaja excesiva, deshonrosa, cobarde, aprovechar las magníficas posiciones estratégicas de sus cerros contra 200 soldados. La batalla se trabó en condiciones de relativa igualdad, pues en el pueblo no había 200 hombres armados. Un grupo de federales, mandados por el teniente coronel José María Ramírez, logró apoderarse del cementerio del pueblo; Cruz Chávez, con cuatro tomochitecos, los desalojó de esa posición. Los del gobierno, en situación comprometida, se dispersaron dejando en manos de los tomoches muchos muertos, armas y prisioneros, entre ellos el teniente coronel Ramírez.

De este desastre de las fuerzas federales no informaron los periódicos. La censura era absoluta. Además, Tomochic era un pueblo perdido en la sierra de Chihuahua, a 15 leguas de Ciudad Guerrero y seis días de camino de la capital del Estado. Los periódicos de la capital informaban de movimientos de tropas sin que se supiera hacia dónde eran destinadas. Algo se preparaba, evidentemente. Tuxtepec trataba de vengar la afrenta del 2 de septiembre.

LA LIBERTAD O LA MUERTE

Las gestiones para lograr la rendición incondicional de Tomochic habían fracasado. El diputado Dozal Hermosillo propuso un decreto de amnistía para los orgullosos serranos, pero el congreso de Chihuahua rechazó el proyecto. No quedaba otro camino que el de someter por la fuerza a quienes así desafiaban al régimen. El prestigio del porfiriano estaba empeñado en esa acción. ¿Cómo podría conservarse la paz si no se hacía un buen escarmiento? Además, el país vivía en esos momentos una situación crítica. En varias regiones de la república existía un estado de insurgencia: Catarino Garza en la frontera constituía una preocupación neurálgica de don Porfirio, no tanto por la personalidad del jefe de la rebelión como por el hecho de tener como base de operaciones el territorio de los Estados Unidos, donde podía proveerse de armas y municiones. Se sabía, asimismo, de una conspiración de mexicanos en territorio norteamericano, con vistas al derrocamiento del régimen.

Hacia poco que los indios mayos se habían sublevado al grito de "¡Viva la Santa de Cabora!", "¡Viva la Libertad!" Más de 200 indios mayos, encabezados por Juan Tebas y Miguel Torigoqui, tomaron la plaza de Navojoa el 15 de mayo de 1892, matando al jefe político Cipriano Rábago y a varios vecinos prominentes, extorsionadores de los indios. Otros movimientos subversivos se habían producido en el Noroeste, en Michoacán, en Oaxaca y Tehuantepec.

El general Abraham Bandala, jefe de la 1ª zona militar, movilizó sus fuerzas pero, conocedor de la causa de las sublevaciones, y de que el foco de la agitación era el rancho de Cabora, se presentó con 100 hombres en casa de Teresita Urrea. El general hizo saber a la mucha-

cha de 18 años que el gobierno "consideraba sumamente perjudicial su permanencia en ese lugar" y, por lo mismo, exigía que se trasladara al pueblo de Cócorit. Los Urrea, padre e hija, fueron expulsados de Cabora, de esa nueva Meca adonde peregrinaban los indios en busca de salud, de consuelo y... directivas políticas. De tan absurdo nadie se atrevía a confesarlo entonces, pero esa muchacha que el reportero de *El Monitor* describía como de "aspecto vulgar, fea, delgada, de tez amarillenta y de ojos grandes, negros y sin brillo", tenía de hecho en jaque al dictador omnipotente.

La detención de Teresa agravó la situación. Nuevos grupos indígenas se lanzaron a la lucha. El general Bandala gestionó entonces por conducto de Izábal, gobernador de Sonora, que la santa fuese expulsada del territorio nacional para impedirle todo contacto con los "fanáticos". El día 5 de julio de 1892 el cónsul de México en Nogales informaba de la llegada a ese lugar de Teresa Urrea y su padre; de que al día siguiente habían quedado instalados en una casa, gracias a los donativos de varios partidarios; que una corriente constante de visitantes entraba y salía de esa casa, y que la prensa norteamericana hablaba de ella como de "una mártir perseguida por el gobierno de Porfirio Díaz".

La omnipotente dictadura había considerado necesaria, para la estabilidad del régimen, la expulsión de la enferma de Cabora, Teresita Urrea, ¡de 18 años de edad!

ENTRE TANTO, se estrechaba el círculo de fuego sobre Tomochic. Los federales incendiaron las trojes cercanas para dejar al pueblo sin víveres. Cruz Chávez, el patriarca, había permitido la entrada del doctor Francisco Arellano, del 5º batallón, para que curara a los heridos, pero éstos se negaron a ser atendidos, prefiriendo el unguento de jabón, sebo y tierra de Cabora que les había dado Santa Teresa. El día 15 de octubre de 1892, en vísperas del ataque de los federales, el teniente coronel Ramírez solicitó hablar con Cruz Chávez, y le dijo:

—Si sigo aquí sin asistencia médica adecuada, me moriré lentamente. Le suplico, pues, que me mande fusilar inmediatamente, o que me ponga en libertad para ir a curarme a Ciudad Guerrero.

Cruz Chávez reunió al Consejo, compuesto por sus hermanos Manuel y David, Jesús y Carlos Medrano, los hermanos Lozano y Jorge Ortíz. Los jefes deliberaron y decidieron rechazar la solicitud. Cuando se le comunicó a éste la decisión de los jefes tomochitecos, insistió con energía en que se le fusilase en seguida. Ya no pedía la libertad, sino la muerte inmediata. Lo demandó con tal convicción y sinceridad, que Cruz Chávez consideró necesario convocar nuevamente al Consejo y reconsiderar el caso. Gracias a la intervención de los Chávez se convino entonces en ponerlo en libertad absoluta, pero advirtiéndole que debía agradecer ese beneficio a Santa Teresita de Cabora, cuyo santo se celebraba en esa fecha, 15 de octubre.

Para despedir a Ramírez, Cruz Chávez, que sentía por el militar un gran respeto y simpatía a causa de su valor, hizo formar a todos los tomochitecos armados para que les pasara revista antes de partir y pudieran despedirse de mano del valiente enemigo. El teniente coronel revistó a la tropa serrana y estrechó la mano de cada uno, emocionado por aquel rasgo de nobleza; naturalmente tuvo el cuidado de contar los apretones de mano: fueron 105. Bartolo Ledesma, que casualmente pasaba por el pueblo, aceptó conducir a Ramírez hasta Ciudad Guerrero.

El milite porfiriano habló luego en México ante los periodistas con gran respeto y admiración hacia los tomochitecos. Chávez en persona atendía a Ramírez, lo curaba y le llevaba de comer, cuando había qué comer. Los de Tomochic compartían lo que tenían con los prisioneros: dos tortillas en la mañana y dos en la noche. Ésa era la ración normal para todos. Cuando conseguían carne o papas, los prisioneros participaban del festín. Además, los tomoches dejaban a los presos en libertad de asistir o no a las ceremonias de la "fatiga"; nunca se les presionó en ningún sentido; en Tomochic había un régimen de hermandad y tolerancia.

Contra esos hombres que no habían cometido ningún delito, a no ser el de rechazar los ataques de que habían sido víctimas, se lanzó toda la furia tuxtepecana. Para Tomochic no había ya ninguna alternativa posible, porque la rendición equivalía también a la muerte o, lo que era peor, a la esclavitud. Decidieron entonces morir, pero cobrando un alto precio por sus vidas.

La prensa del país hablaba de los tomoches como de unos fanáticos que se habían vuelto locos. Y en realidad, en el ambiente de terror en que se vivía, la gallardía y dignidad de Tomochic era una locura; fanáticos, lo eran efectivamente, pero era el suyo un fanatismo revolucionario: su culto a la Santa de Cabora, la creación de sus propios santos vivos y la expulsión del cura Castelo eran, en efecto, una rebelión en contra de la Iglesia católica. Hasta llegó a hablarse en algunos periódicos de una nueva reforma religiosa pretendida por los tomochitecos. Los valientes serranos habían identificado el culto a la Santa de Cabora con el culto a la libertad. Las prédicas ardientes de aquella muchacha que en el nombre de Dios condenaba a los tiranos y a los explotadores, habían calado muy hondo en los espíritus primitivos de los hombres de la sierra. A falta de líderes políticos que encabezaran a las masas oprimidas y las condujeran a la lucha organizada militarmente, Teresa Urrea había sublimado el descontento popular convirtiéndolo en una aspiración mística.

LA EPOPEYA DE TOMOCHIC

El ejército federal había estado preparando con todo cuidado la ofensiva del desquite. El general Rosendo Márquez, jefe de la 2ª zona militar, entregó el mando de la fuerza expedicionaria al general José María Ran-

gel otorgándole al mismo tiempo "facultades discrecionales". El general en jefe contaba con los contingentes de los batallones 5º, 9º, 11º, 12º y 24º, más 150 guardias nacionales de Sonora al mando del general Lorenzo Torres y un cuerpo de voluntarios reclutados en los pueblos de San Andrés, Guerrero, Bachiniva y Arisiáchic. Eran en total más de 1,500 hombres bien armados y amunicionados, con artillería y suficientes provisiones.

En Tomochic habían quedado encerrados 105 hombres armados con winchester y tres cananas: una en la cintura y dos cruzadas al pecho. A los niños de 13 a 14 años que quisieron luchar al lado de sus padres se les proporcionó un rémington por ser más liviano. De los 105 hombres que había, Cruz Chávez hizo salir 40 al mando de José María Lozano, de Yoquibo, y Antonio Chaparro, de Cusihiuriáchic, con instrucciones secretas. Así, pues, quedaron 65 hombres en el pueblo listos para resistir el ataque de los 1,500 soldados federales: 23 por 1.

El combate se inició el 20 de octubre de 1892. Chávez había distribuido sus hombres en los sitios estratégicos con órdenes de economizar municiones. El general Rangel tomó el cerro de la Medrano, frente al pueblo, para emplazar su artillería, y se inició el cañoneo sobre las posiciones tomochitecas. El primer objetivo fue la casa de Encarnación Lozano, donde se guardaban 1,000 fanegas de maíz, las cuales fueron convertidas en cenizas. Todos los asaltos sobre el pueblo fueron rechazados con pérdidas tremendas para los federales. Los tomoches eran excelentes cazadores; sus blancos predilectos eran los quepis de los oficiales.

El cañón seguía su tarea de destrucción paulatina, pero como era una pieza de pequeño calibre y sus efectos destructores resultaban muy lentos, Rangel decidió incendiar el pueblo, casa por casa, de la periferia al centro. Las mujeres y los niños que las habitaban salían a refugiarse a la iglesia. Los incendiarios, después de prender fuego, saqueaban las casas llevándose cuanto había aprovechable, como gallinas y cerdos.

Una de las operaciones más sangrientas fue la ocupación del cerro de la Cueva, posición clave de la defensa de Tomochic. Los intentos duraron varios días. Las laderas de la montaña quedaron cubiertas de centenares de cadáveres de soldados. Rangel tuvo que echar mano de un recurso especial para animar a sus hombres. A su cuartel general llegó un cargamento de sotol. Con este expediente y la orden de disparar contra el que retrocediese, después de varios intentos los soldados del 9º batallón lograron apoderarse del cerro. El combate duraba ya cinco días. Tomochic quedaba reducido, para su defensa, a la iglesia y la casa fortificada de Cruz Chávez. En el cuartel general se celebró la victoria con una gran comelitona y borrachera. Abajo, los tomochitecos distribuían raciones de maíz tostado, rezaban, mataban desde sus troneras y enterraban a sus muertos en sus casas de acuerdo con las nuevas ceremonias de su liturgia.

Cuando escaseaba el agua a los sitiadores, las mujeres bajaban al riachuelo del valle. Escribe Heriberto Frías en su *Tomochic*: "Con toda audacia, con plena abnegación, las pobres soldaderas bajaban por entre las escarpaduras del flanco derecho del cerro, girando en torno de los más altos picachos, sangrando sus pies... , agarrándose a los matorrales para no caer, siempre parlanchinas, mezclando entre sus crudas obscenidades de léperas irreductibles, devotas invocaciones a los santos... Y a riesgo de ser cazadas por los tomoches de las últimas casas del pueblo, o por la guerrilla de la torre, avanzaban hacia el llano, hasta la margen del río donde llenaban por docenas las ánforas de la tropa. Mientras unas hacían provisión de agua, otras se arrodillaban, de cara a Tomochic, levantando los brazos en cruz, como en actitud de orar... Creían que, viéndolas en tal actitud, los tomochitecos no se atreverían a disparar sobre ellas, y en efecto, jamás esos maravillosos tiradores dispararon sobre aquellas hembras que proveían de agua fresca y limpia a «los hijos de Lucifer». ¡Los caballerosos hijos de la sierra no mataban mujeres!"

Otro rasgo que define la caballería de Cruz Chávez y su gente fue el de poner en libertad a los prisioneros que tenía guardados desde la batalla del 2 de septiembre. Viendo que los federales incendiaban metódicamente una a una las casas del pueblo y que llegaría su turno a la que habitaban los prisioneros, dispuso que éstos fueran liberados; ellos no tenían por qué participar en el sacrificio colectivo del pueblo.

Sólo quedaba a los de Tomochic la iglesia y la casa de Cruz Chávez. Rangel ordenó el asalto al reducto más importante, el templo. De esa comisión se encargó al 11^o batallón, al que se distribuyó una ración extraordinaria de sotol. Los soldados, cargados de petróleo para incendiar el portón de la iglesia, cruzaban el río teniendo que afrontar las balas tomochitecas si avanzaban, o las de sus propios oficiales si retrocedían. Muchos cayeron antes de llegar al atrio. Desde el cerro de la Cueva, a cuyo pie se hallaba la iglesia, se lanzaron sobre el templo muchos botes de petróleo. En pocos momentos la vieja capilla construida por los jesuitas era una hoguera espantosa en la que se mezclaba el estruendo de los techos que se desplomaban con los gritos de "¡Viva la Santa de Cabora!", "¡Viva el Gran Poder de Dios!"

Quienes podían huir de aquel infierno eran cazados al salir por los soldados apostados a corta distancia; algunas mujeres se arrojaron desde lo alto de la torre, en un ataque de desesperación. Los que pudieron escapar se refugiaron en la casa de Cruz Chávez, construida con adobes muy firmes y defendida por unas cercas de troncos; en lo alto, ondeaba la bandera nacional. El fin se acercaba. El fuego de los sitiados se hacía menos nutrido. El general Rangel tocó a parlamento y exigió nuevamente la rendición incondicional.

—No nos rendimos —fue la respuesta.

Y de las aspilleras salieron los gritos obsesivos:

—¡Viva la Santa de Cabora! ¡Viva Santa María de Tomochic! ¡Viva la Libertad!

Lo único que pidió Cruz Chávez fue que se dejara salir a las familias de quienes habían muerto ya en la lucha. Las demás preferían morir al lado de sus hombres.

Una caravana espantosa de espectros ennegrecidos por el humo, que apenas podía arrastrarse después de ocho días de hambre, de vigilia y de terror, salió de la casa de Cruz Chávez. Eran 40 mujeres y 71 niños. Dentro quedaban los muertos y los que pronto iban a morir.

LIBERTAD Y CONSTITUCIÓN

Las páginas más emocionantes del libro de Heriberto Frías son aquellas en que describe los últimos momentos de Tomochic. El espectáculo de las casas ardiendo en la noche, en el pequeño valle; los aullidos de los perros hambrientos que, al lado de los cadáveres de sus amos, impedían en luchas terribles con los cerdos que éstos devoraran los cadáveres putrefactos; la desolación, el humo de los restos humeantes, el silencio espantoso sólo turbado por los ladridos de los perros que lloraban a sus amos.

El último día en la madrugada el cañón inició la faena definitiva: demoler la casa de Cruz Chávez; pero en vista de su fortaleza, se prefirió el fuego. En un arranque desesperado, los hermanos Carlos y Jesús Medrano se lanzaron con un pequeño grupo hasta donde se hallaba el general Rangel, con propósito de matarlo. La táctica de los tomochitecos había sido siempre la de eliminar a los jefes y oficiales. Cruz Chávez había dado instrucciones de que se buscara pacientemente al oficial y se respetara hasta lo último al soldado raso. La guerrilla de los Medrano luchó cuerpo a cuerpo a unos cuantos pasos de donde se hallaba Rangel. Todos cayeron en el intento.

El acto final consistía en prender fuego al último reducto y quemar vivos a quienes mantenían aún la resistencia. Los últimos once hombres, con Cruz Chávez al frente, se lanzaron al ataque entre las llamas. Fueron recibidos por una descarga cerrada, a corta distancia. Cuatro quedaron muertos y siete heridos, entre ellos el patriarca del pueblo, con un balazo en el hombro derecho. Cogió el rifle con la izquierda e intentó prepararlo con el pie; ante la imposibilidad de hacerlo, lo arrojó con rabia al fuego. Era el rifle que había usado el general Rangel en el combate del 2 de septiembre.

Cruz Chávez fue presentado al general Lorenzo Torres:

—Tengo mucho gusto en conocerlo —le dijo el vencido al vencedor—; sólo lamento que no haya sido antes.

Le pidió un trago de coñac, y que lo fusilara en el mismo sitio en que había caído David, su hermano menor, quien con seis balazos en el pecho tuvo fuerzas para clavar un puñal en el pecho de uno de sus enemigos.

Los siete prisioneros heridos, en contra de las leyes de la guerra y del honor, fueron rematados en el lugar en que yacían. Los que aún podían

hablar murieron invocando el nombre de Teresita Urrea, la muchacha que habla sido capaz de inspirar aquel heroísmo y hacer que un grupo de valientes legara a México una de las páginas más honrosas de su historia.

Entre los héroes de Tomochic se recuerda a dos niños de 14 años: Pedro Medrano, que cayó sobre los cadáveres de cinco soldados a quienes había matado, y Nicolás Mendía, que sucumbió después de liquidar a diecisiete "pelones". La madre de los Medrano, Antonia Holguín, de 68 años de edad, estuvo al lado de sus hijos alentándolos en el combate, y cuando cayeron cogió el rifle y siguió luchando hasta morir. Los jefes y oficiales que participaron en la acción de Tomochic confesaron después "no haber visto en ningún otro hecho de armas mayor denuedo y resolución".

Tres días permaneció todavía en Tomochic el general Rangel incinerando los cadáveres. Del pueblo no quedaba sino cenizas. Las pérdidas de los federales se calcularon en 600 hombres, sólo en los 9 días de combate que duró la acción de Tomochic, sin contar las bajas del 2 de septiembre. De los tomochitecos murieron 80 hombres y otras tantas personas no combatientes. Rangel, conduciendo a los supervivientes, mujeres y niños, entró en Ciudad Guerrero a tambor batiente el 3 de noviembre de 1892, orgulloso de su "gloriosa victoria" tuxtepecana.

El general Rosendo Márquez terminaba su parte oficial a la Secretaría de Guerra: "En vista del enérgico castigo sufrido por los fanáticos de Tomochic, creo que será difícil una nueva revolución, pues los pueblos y la gente laboriosa de las rancherías han quedado agradecidos de la eficacia con que el supremo gobierno nacional ha protegido sus vidas e intereses. Libertad y Constitución. Cuartel General en Ciudad Guerrero, Chih., el 15 de noviembre de 1892. Gral. en jefe de la 2ª Zona militar, Rosendo Márquez".

La Palanca, de Chihuahua, comentaba el 13 de noviembre de 1892: "Ha terminado la campaña de Tomochic... Si el gobierno deja de perseguir a los sediciosos, éstos por su propia virtud terminan, porque tienen necesidad de trabajar para mantenerse como siempre lo han hecho: honradamente. Está perfectamente averiguado que no roban, y este acto de moralidad que los distingue de todos los revoltosos, hace sospechar que dándoles tiempo para reflexionar volverán sobre sus pasos..."

A su vez *El Nacional*, de la ciudad de México, publicaba el 12 de enero de 1893 el siguiente comentario: "Teniendo en cuenta que el motín tuvo su origen fundamentalmente en las cuestiones de tierras conducidas imprudentemente por las autoridades locales; que ese pueblo fue siempre trabajador y honrado..., tal vez la hora de la clemencia haya llegado... Se indica la conveniencia de indultar a los restos supervivientes de esa población para que puedan volver tranquilamente a sus hogares..."

El Diario del Hogar, por su parte, decía el 20 de diciembre de 1892:

"Sabemos cuál fue el origen de esa desastrosa revolución: no fue el fanatismo, como se dijo, sino la propia defensa de sus vidas amenazadas, de su honra y de sus intereses atropellados por graves violaciones".

Con el lema que resulta un grosero sarcasmo de "Libertad y Constitución", Porfirio Díaz había convertido en cenizas, literalmente, a todo un pueblo y asesinado a un grupo de mexicanos honrados, valientes, caballerosos y nobles como es difícil encontrarlos ya en el mapa nacional, y que no habían cometido más crimen que el de defender su derecho a la libertad, consagrado en la Constitución.

SEGUNDO ACTO EN TEMOSÁCHIC

Rosendo Márquez, el valiente redactor de partes de guerra que ni siquiera se había asomado con sus catalejos al campo de batalla de Tomochic, había calculado mal al considerar que el "enérgico castigo impuesto a los fanáticos" haría difícil una nueva revolución. Las "rancherías agradecidas" al supremo gobierno por la forma tan gentil como se había conducido en Tomochic en octubre último, manifestaron muy pronto su gratitud. El día 4 de abril de 1893, un grupo de tomochitecos de los que Cruz Chávez había hecho salir del pueblo tal vez con la consigna de vengar a Tomochic, se sublevaron en el pueblo de Temosáchic con el viejo grito de guerra: "¡Viva el Gran Poder de Dios!", "¡Viva la Santa de Cabora!"

Los jefes del movimiento eran los hermanos Celso y Simón Anaya. No era éste un acto de defensa ante la agresión como en el caso de Tomochic; era una verdadera revolución en contra de la dictadura sadista; era una guerra reivindicativa. El pequeño grupo entró a la población de Aniquipa y, reforzado allí con 400 hombres, se lanzó sobre Ciudad Guerrero, que cayó en su poder. El 9º batallón, veterano de la campaña de octubre, fue lanzado contra los sublevados; en la batalla de Casa Blanca los fieles de Cabora desbarataron a los federales; murieron en la acción el teniente coronel Miguel Alegría, jefe del 9º batallón, y los tenientes coroneles Rosendo Allende y Arcadio Ruiz Cepeda, así como otros muchos oficiales.

El Hispanoamericano, de El Paso, informaba el 14 de abril de 1893: "Fue encarcelado el general Luis Terrazas por considerársele complicado en el movimiento de Temosáchic". El mismo periódico aseguraba que los sublevados eran cinco mil, de los cuales tres mil por lo menos eran indios yaquis y mayos.

El 26 de ese mes, *El Diario del Hogar* completaba la información: "El día 20 de abril se produjo un combate con los federales: de 500 sólo quedaron 20. Parece que se hizo una verdadera carnicería. Don Porfirio no mueve sus tropas de donde están por temor de que al desguarnecer un lugar se produzcan levantamientos en ese sitio..."

Al parecer la Santa de Cabora, en el exilio, había cambiado de táctica; la consigna no era ya el sacrificio heroico sino la ofensiva, la lucha

organizada, a fondo, contra la dictadura. Para eso se requería dinero y más dinero. Los sublevados exigieron impuestos en las zonas de que eran dueños y se apoderaron de 66,000 pesos de una conducta del Banco de Chihuahua, por cuya cantidad extendieron un recibo en toda forma para hacerlo efectivo al triunfo de la revolución.

Lo mismo que en la campaña de octubre, se trajeron tropas de Sonora para auxiliar a las de Chihuahua. Las fuerzas federales se hallaban en situación comprometida; las "rancherías agradecidas" se negaban a proporcionar alimentos a los "pelones". Fue una campaña violenta, rápida y de una ferocidad sin freno. Las fuerzas federales, vencidas en muchas batallas, lograron encerrar a los rebeldes en Temosáchic. No había entre los sublevados dirección técnica sino sólo decisión, valor, desesperación y odio contra el régimen tuxtepecano. Según las declaraciones oficiales, el gobierno esperaba a que los rebeldes se rindieran cuando quisieran, "para evitar derramamiento inútil de sangre", lo que inspiró a *La República Mexicana*, el 23 de abril de 1893, el siguiente comentario: "¿De dónde ha resultado Tuxtepec tan humanitario?"

No obstante esas promesas, el pueblo de Temosáchic fue arrasado por la artillería *Bang*. Fue aquello una segunda edición de Tomochic, que el gobierno tuvo mucho empeño en ocultar mediante una severísima censura. Se comunicó a todos los miembros del ejército que habían participado en esas acciones que, bajo pena de muerte, quedaba prohibido revelar los hechos de la campaña de Chihuahua. Heriberto Frías, que con el grado de teniente había participado en la operación de Tomochic, fue procesado y condenado a muerte por suponerse autor del libro que, sin su firma, se había publicado por primera vez en *El Demócrata*. Se salvó gracias a la intervención de don Joaquín Clausel, director del periódico, quien asumió la responsabilidad y dijo haber sido el autor del libro. A Clausel no se le pudo condenar a muerte, pero *El Demócrata* fue clausurado y encarcelados sus redactores, entre ellos Querido Moheno. Fueron clausurados asimismo *La República Mexicana* y *El 93*.

EL PLAN ERA LA LIBERTAD...

La sublevación de Temosáchic fue aplastada por la superioridad de las armas y de la técnica. Algunos pequeños grupos siguieron operando, en guerrillas, en la sierra. La última de ellas, la del teniente coronel Santana Pérez que se había unido a los hermanos Anaya, se rindió en Temosáchic el 2 de abril de 1894.

Pero Teresita Urrea no se había rendido. Desde el destierro seguía organizando la insurrección. En los Estados Unidos se había puesto en contacto con algunos revolucionarios mexicanos desterrados como ella, particularmente con don Lauro Aguirre, que editaba en El Paso el periódico *El Independiente*, lleno de ataques contra el régimen de Porfirio Díaz. Teresa seguía siendo la Santa de Cabora para los indios, tal vez

a pesar suyo, pero su actitud no era ya la de una taumaturga, sino la de una revolucionaria.

Teresa había llegado a la conclusión de que la libertad había que conquistarla en este mundo y no en el otro; de que para ello el único camino era la lucha armada y el derrocamiento de la dictadura porfiriana, y de que era necesario crear un ejército, para lo cual hacía falta mucho dinero. Adelantándose a don Luis Cabrera, dedujo que la revolución era la revolución y que el dinero había que cogerlo de donde lo hubiera. Entonces, Teresa organizó un asalto a la aduana de Nogales (Sonora). Sus soldados eran los indios yaquis empeñados en seguirla considerando como santa.

El 12 de agosto de 1896 un grupo de 75 indios asaltó la plaza de Nogales y, al grito de "¡Viva Santa Teresa!", se apoderó de la aduana. El plan consistía en echar mano del dinero para organizar con él la lucha armada contra el porfiriato. A causa de las reparaciones que se hacían en el edificio de la aduana, los caudales se habían trasladado a una casa particular. El principal objetivo de la operación había fallado por falta de informes.

El comandante de la 3ª zona de la gendarmería fiscal, señor Juan Enochio, fue avisado a las seis de la mañana por su asistente Miguel Flores de que un grupo de hombres había pasado por la calle Arizpe disparando y lanzando alaridos. Fenochio se dirigió a la aduana y fue rechazado por los indios. Después de algunas horas se reanudó el combate. El vecindario armado se lanzó contra los asaltantes, quienes nuevamente desbandaron a sus enemigos. Pocas horas después llegó a Nogales un tren procedente de Magdalena, con 30 gendarmes y 34 nacionales mandados por el teniente coronel Emilio Kosterlitzky.

En el combate murieron dos empleados de la aduana, Manuel Delahanty y Francisco Fernández, así como siete indios yaquis en cuyas ropas se encontraron ejemplares de *El Independiente*, y un volante que decía: "Hermanitos: No dejen de alistarse para el día 11 porque vamos a pegar el grito luego que lleguemos; no tengan miedo; luego tenemos que entrar en Sonora; por eso les digo que se alisten todos ustedes; yo voy a llegar en la noche a Nogales porque no se puede menos. La paz y la ley sean con ustedes.—Teresa Urrea y Juan Bautista". (Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, exp. III/252 (73:72)"896").

Informó *The Arizona Daily Star*: "La instigadora del asalto fue la Santa de Cabora. Dicha señorita, con Lauro Aguirre y Flores Chapa, han publicado tantas necedades, que los fanáticos la creen mandada por Dios para redimir a la República Mexicana".

"El cónsul de México en Nogales (Arizona), Manuel Mascareñas —informó *El Independiente* del 21 de agosto—, pidió auxilio a las autoridades yanquis. Se formó la guardia nacional del territorio de Arizona y atacó a los mexicanos. No tienen facultades los cónsules para pedir la

intervención. No fue reprobado esto porque primero es la paz que la dignidad y la honra nacionales”.

Después del combate, los indios se retiraron rumbo a la casa de Teresita Urrea; 500 indios estaban listos para entrar en acción y atacar la población de Palomas, frente a Deming. Pero, fracasado el primer objetivo —el apoderamiento de los fondos de la aduana—, se suspendieron las acciones posteriores.

El cónsul Mascareñas envió al mariscal norteamericano W. K. Meade una lista de los asaltantes para que fueran detenidos. Se denunció a José Luis Villanueva como el agente de Teresita para la compra de las armas. La operación se había organizado en Greaterville, hacienda de Santa Rita, donde se concentraron los indios de Huababi y Tubaca. “Su plan era la libertad...” (Archivo citado, expediente citado).

La alarma cundió en toda la frontera. En Hermosillo se anunciaba, para el 8 de septiembre de 1893, una sublevación general de las tribus yaquis. En El Paso se publicó la noticia de que se esperaba un asalto a la aduana de Ciudad Juárez. El 16 de septiembre un grupo de 50 hombres atacó la población de Palomas. Un piquete de soldados yanquis entró en territorio mexicano en persecución de los asaltantes.

Toda la frontera vivía en estado de alarma. Teresita Urrea tenía nuevamente en jaque al terrible dictador. Las noticias de que se intentaba la extradición de la muchacha llegaron hasta ella; de caer en manos del gobierno, su destino no hubiera sido muy diferente del de la Doncella de Orleáns. Para burlar la persecución porfiriana, Teresa solicitó su nacionalización norteamericana y, respetuosa de ella, al parecer, se abstuvo en lo sucesivo de organizar revoluciones antiporfiricas, pero formaba parte de las redacciones de los periódicos de oposición que se publicaban de aquel lado de la frontera.

A partir de entonces su fama se fue eclipsando poco a poco. Sus fieles, los indios yaquis y mayos, fueron batidos por el gobierno con sadismo increíble o deportados a Oaxaca y Yucatán. Teresa no volvió más a México. Murió en Clifton (Arizona) el 12 de febrero de 1906 a la edad de Cristo al ser crucificado.

Poco después, el 1º de julio del mismo año, se publicaba en St. Louis (Missouri) el Programa del Partido Liberal Mexicano. La bandera de la oposición contra Porfirio Díaz desde el extranjero había quedado en manos de Ricardo Flores Magón.